Rogelio Hernández Rodríguez, *Presidencialismo y hombres fuertes en México. La sucesión presidencial de 1958*, 2015, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales, 191 pp.

RECEPCIÓN: 16 de octubre de 2015.

APROBACIÓN: 3 de marzo de 2016.

Tradicionalmente los estudios sobre el México postrevolucionario han puesto el énfasis en el poder que el presidente de la república ha ejercido sobre el sistema político mexicano, es decir, por medio del Partido Revolucionario Institucional (PRI), del Congreso de la Unión, los gobernadores de los estados, entre otros. Sin embargo, trabajos recientes como *Presidencialismo y hombres fuertes en México. La sucesión presidencial de 1958* de Rogelio Hernández Rodríguez, investigador del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México, demuestran que no siempre fue así. Luego de un minucioso análisis de documentos, hasta ahora inéditos, el autor brinda una nueva perspectiva de los actores y circunstancias que giraron alrededor de la sucesión presidencial de 1958, que hasta ahora había sido considerada “rutinaria” e institucional.¹

En su libro, Hernández Rodríguez rompe con algunos de los supuestos que se habían mantenido como explicaciones definitivas; en especial, la especie que refiere al poder absoluto del presidente de la república para nombrar a su sucesor en el cargo. Por el contrario, muestra cómo los llamados “hombres fuertes” trataron de influir en la decisión presidencial para trasladar su poder político del ámbito local al nacional.² Para profundizar en esta

¹ En ocasiones se han pasado por alto las complejidades que pesan en la decisión sobre el sucesor del presidente y que determinan las elecciones presidenciales.

² El autor explica que el término hombres fuertes “no pretende construir un concepto alternativo al caciquismo, sino simplemente crear una tipología que permita distinguir liderazgos que, sin renunciar a la violencia y la arbitrariedad, fueron capaces de adaptarse a la modernización política del país y, gracias a ello, ser funcionales al propio sistema” (p. 14).

RESEÑAS

cuestión, el autor de *Presidencialismo y hombres fuertes* remite al lector a la elección presidencial de 1940, considerada como uno de los momentos decisivos para la institucionalización de los procesos electorales en México, y por tanto, del sistema político. Conforme el lector se adentra en las páginas del estudio, observa cómo la supuesta unidad en el seno del partido oficial (PNR-PRM-PRI),³ así como la disciplina partidista, era en realidad un complejo sistema de alianzas entre una gran diversidad de grupos (encabezados por los hombres fuertes), que lo único que tenían en común era influir, determinar y encabezar el rumbo de la política nacional. El ejecutivo federal, valiéndose del mismo sistema de alianzas con hombres fuertes, lograba imponerse.

Hernández Rodríguez señala que durante la selección del candidato presidencial el sistema político mexicano sufría una gran vulnerabilidad, que era aprovechada por los hombres fuertes para influir en las decisiones fundamentales que determinarían al nuevo gobierno. En las elecciones presidenciales que van de 1940 a 1958 puede observarse cómo los diversos grupos se disputaban la hegemonía nacional en el partido oficial o en las secretarías de Estado, lo que a la postre provocaba la eliminación de los rivales, tal como sucedió durante la precampaña y campaña presidencial de Miguel Alemán entre 1945 y 1946.

Los personajes políticos estudiados por el autor son, principalmente, Gonzalo N. Santos en San Luis Potosí; Leobardo Reynoso en Zacatecas; Gilberto Flores Muñoz en Nayarit; Ignacio Morones Prieto en Monterrey; Javier Rojo Gómez en Hidalgo, y, en menor medida, Maximino Ávila Camacho en Puebla y José González Gallo en Jalisco, debido a que estos últimos fueron perdiendo fuerza ante el empuje de nuevos actores políticos, mientras que los protagonistas del libro mantuvieron una presencia casi hasta el final de su vida o bien conservaron una posición hegemónica en el partido oficial.

En un primer momento, Santos, Reynoso, Morones Prieto, Flores Muñoz, y Rojo Gómez establecieron una alianza para influir en la decisión política más importante del México postrevolucionario: la designación del candidato presidencial del partido oficial. Esta situación pone en entredicho la idea de que “el tapado” es una decisión exclusiva del presidente de la república. Por el contrario, obedece a negociaciones internas que al final determinan todo el

³ Partido Nacional Revolucionario (PNR), de marzo de 1929 a marzo de 1938; Partido de la Revolución Mexicana (PRM), de marzo de 1938 a enero de 1946; y Partido Revolucionario Institucional (PRI), de enero de 1946 a la fecha.

proceso electoral, desde la campaña presidencial hasta los candidatos a gobernadores, diputados y senadores, lo que implica que el presidente de la república no pueda influir en las decisiones y quede relegado a un segundo plano en el nuevo gobierno, como le ocurrió a Miguel Alemán en 1952.

Todos estos aspectos son tratados en cinco capítulos. Además, el autor señala cuáles fueron los antecedentes que hicieron posible la transición de caciques y caudillos a hombres fuertes, así como las diferencias fundamentales entre estos. Hernández Rodríguez explica que estas circunstancias permitieron la modernización del sistema político mexicano, lo que aumentó estabilidad en los tiempos de la sucesión presidencial. Asimismo, demuestra que el proyecto político posrevolucionario jamás contempló un verdadero desarrollo democrático del país, sino una manera eficiente de conservar el poder. Las alianzas entre caciques y caudillos con el poder central en México no eran nuevas. Benito Juárez y Porfirio Díaz recurrieron a ellas, pero a partir de 1940, en especial con el fortalecimiento del partido de la revolución, el sistema se volvió más complejo, pero a la vez contribuyó a la modernización política del país e incluso limitó el poder del ejecutivo federal al periodo de gobierno que le correspondiera.

En este sentido, la última escisión violenta tuvo lugar en junio de 1935, cuando el presidente Lázaro Cárdenas puso fin a la hegemonía política de Plutarco Elías Calles. En ese momento, Cárdenas debió recurrir al apoyo de diversos caciques y caudillos, pero pronto comenzó a desplazarlos, a partir de donde puede entenderse, en parte, la insurrección de Saturnino Cedillo en San Luis Potosí. El triunfo del cardenismo supuso la hegemonía del poder presidencial sobre los poderes regionales, los cuales quedaron, hasta cierto punto, limitados, pero pronto encontraron los mecanismos para obtener poder dentro del partido oficial (p. 53). La sucesión presidencial se convirtió en un espacio de negociación entre el poder federal y los poderes regionales o estatales.

En los últimos capítulos el autor explica cómo el presidente Adolfo Ruiz Cortines aseguró la candidatura presidencial de Adolfo López Mateos por medio de una arriesgada estrategia política, al establecer una alianza con uno de los hombres fuertes más influyentes en ese momento: el secretario de Agricultura Gilberto Flores Muñoz. Esta alianza permitió no solo eliminar a los oponentes del presidente y de su candidato (Gonzalo N. Santos e Ignacio Morones Prieto), sino que también evitó una nueva fragmentación del partido de la revolución,

RESEÑAS

como había sucedido en tres ocasiones, 1940, 1946 y 1952. La lealtad de Flores Muñoz al presidente Ruiz Cortines y a López Mateos fue recompensada con su continuidad al frente de la Secretaría de Agricultura y como hombre fuerte de Nayarit (pp. 118-120). Así demuestra Rogelio Hernández Rodríguez su tesis de que el presidente de la república debe buscar consensos con las principales fuerzas políticas del país, representadas por los hombres fuertes, a la hora de elegir al candidato presidencial.

FRANCISCO ALEJANDRO GONZÁLEZ FRANCO
Departamento Académico de Estudios Generales,
Instituto Tecnológico Autónomo de México